

Centro de Estudios de Historia Política
Escuela de Política y Gobierno
Universidad Nacional de San Martín

JORNADA ACADÉMICA:
PARTIDOS ARMADOS EN LA ARGENTINA DE LOS SETENTA.
Viernes 27 de abril de 2007

Comentario Luis Alberto Romero

La Ponencia de María Matilde Ollier es muy rica, tanto por su base empírica como por la elaboración conceptual y metodológica y también por sus preguntas, que como corresponde, en parte tienen respuesta y en parte se abren a otras nuevas. Hay en ella en primer lugar un planteo conceptual: estudio de un colectivo a partir de casos individuales. Existencia de dos lógicas diferentes que subyacen en el grupo de combatientes y conforman lo que en historia suele llamarse su mentalidad (en el sentido de mezclada, heterogénea, portadora de actitudes, valores, representaciones y antiguos discursos, y receptora de discursos que se proponen moldearla).

Las dos lógicas tienen consistencia diferente. Una de sólida base ideológica (los clásicos) y sustentada por el poder (interno de la organización, el que reposa en el fusil). Una segunda lógica, que recoge antiguas convicciones (la identidad política temprana) y que se desarrolla a partir de una experiencia radical: la derrota y el pánico. Ollier estudia las condiciones de emergencia de la segunda voz: desde tensiones iniciales (en parte, adecuar viejos ideales a la disciplina orgánica, en parte diferentes percepciones de la política), hasta su emergencia; esto suele plantear un problema a los estudios históricos, aquí resuelto por el comienzo de la represión sistemática, lo que facilita el análisis. Desde entonces se habla de dos lógicas paralelas, casi el oficialismo y la oposición.

Algunas preguntas. ¿Son de naturaleza similar? Una tiene una teoría, una biblioteca. Puede actuar con citas de autoridad. La otra es mucho más experiencial, blanda, con mucho de justificación (por no mencionar el problema de cómo deslindar la justificación ex post). Remite a veces a un civismo quizás aprendido en la escuela o en la familia, pero sobre todo al pánico. Dos objetos de entidad muy diversa, para usar el mismo concepto. Una dupla muy común en los estudios de cultura popular, que recuerda una celebre cita de Michel de Certeau: el débil tiene tácticas, el fuerte estrategias. Quizá convenga usar términos distintos.

¿Cuál es su relevancia? La segunda voz, cuando tiene eficacia, ya forma parte de la historia de un grupo en disolución, que queda fuera de la gran historia rápidamente (aunque ellos no lo crean). Modelos historiográficos: La retirada de los 10.000, la Anabasis de Jenofonte. María Matilde esgrime un argumento para convertir esto en un objeto histórico relevante: la "táctica del débil", inútil para cambiar el curso de la gran historia, permitió a muchos sobrevivir. Un argumento que remite –y ella lo hace, tangencialmente, a la cuestión del valor de la vida- pero también a otro, íntimo de las organizaciones: que pensar de los supervivientes, son héroes, traidores o simplemente gente, ni blanca ni negra.

La relevancia está reforzada por una segunda explicación. Las dos lógicas remiten a distintas lecturas de la experiencia política de los setenta. Una, que siempre fue militarista, y la otra, más pegada a la política, que se subordina a ésta pero que finalmente sirve de sustento a la disidencia. Perón encarnaría la lógica política, la del voto y la discusión, y Montoneros la militar, y sobre esto quiero hacer una reflexión. Perón no es el hombre del voto. Siempre fundó su legitimidad en otra cosa –el plebiscito, la encarnación carismática- que el voto simplemente ratificaba, y su tardía aquiescencia al diálogo tenía mucho más de cortesía táctica que de convicciones. Pude argumentarse en cambio sobre los fundamentos de su concepción militar de la política, y muchos lo han hecho. En ese caso, habrían estado frente a frente dos concepciones militares, una profesional, con estrategia, y otra simplemente chapucera.

Algunos de estos temas reaparecen en la muy sugerente ponencia de Ana Longoni. Se trata de una ponencia abierta y propositiva. En parte, remite a su reciente y apasionante libro sobre la figura del traidor, y en parte aportan reflexiones, preguntas y propuestas de conceptualización, junto con una exploración inicial de fuentes, acerca de las cuestiones del heroísmo y la violencia, y más en general, los "códigos éticos" de las organizaciones revolucionarias.

Parte de la ponencia está construida sobre la base de testimonios de tipo personal: cartas de los militantes, especialmente cartas a sus hijos ante la cercanía de la muerte, y también elogios fúnebres, donde se ensaya ver esa emergencia. Estos sentimientos emergentes son presentados como la otra cara del triunfalismo revolucionario, característico de la organización. Lo que en términos de Ollier sería parte misma de la lógica oficial.

Pero el grueso de la ponencia remite a un enfoque historiográfico más clásico: la reconstrucción de las tradiciones intelectuales y políticas de las prácticas revolucionarias y en particular la "moralidad de la violencia". Ana Longoni remite en primer lugar a Sorel y a una deriva singular de la tradición marxista, en la que las llamadas "condiciones objetivas" quedan ampliamente subordinadas a las subjetivas. (Acoto: quizás habría sido pertinente señalar la bastante atípica trayectoria de Sorel, que luego de frecuentar el marxismo transitó por otros

campos ideológicos y políticos). Luego, de manera más clásica, enlaza el terror jacobino con el leninismo y con el guevarismo.

Con respecto al heroísmo, está por un lado ese apasionante material de cartas y recuerdos de militantes, que entiendo será objeto de una exploración sistemática, y por otra, nuevamente, su filiación en tradiciones. La cuestión es delicada, porque naturalmente un militante no pone notas al pie de página respecto del origen de sus ideas. Longoni construye un repertorio de tópicos, y los filia, principalmente, en la tradición revolucionaria marxista, aunque con algunas aperturas interesantes, como la referencia a las sectas religiosas y las sectas políticas o el recuerdo del abate Lamennais.

Acá es donde me parece que Ana debe abrir, y mucho su registro, y tomar en cuenta otros universos de tradiciones. El heroísmo tiene infinitas fuentes, e historias ejemplares, desde las clásicas -los 300 sacrificados en las Termópilas- hasta "Cabral soldado heroico". Todo el romanticismo ha trabajado con la figura del héroe. En el caso de Montoneros, parece bastante fuerte una vertiente que viene del nacionalismo católico y del franquismo, y también el fascismo -por esa vía volveríamos a Sorel-, que incluye, como ingrediente muy importante, el culto de la muerte, el "viva la muerte" de Millán Astray.

Pero la que yo sugeriría explorar más detenidamente es la que viene directamente del cristianismo. La relación entre religión y política de masas es hoy un tema ampliamente explorado. Sobre el catolicismo, los tópicos que Ana menciona sobre el guerrillero heroico corresponden exactamente a la pasión de Cristo, su sacrificio y su incorporación al Cuerpo Místico de la Iglesia; esto no solo corresponde al cristianismo en general sino a la corriente teológica más ampliamente difundida en la segunda mitad del siglo XX. Es la puerta para todo un mundo que, me parece, tiene un lugar importante en la genealogía de la revolución y de la violencia política.

Finalmente: los sobrevivientes y su necesaria traición, que Ana examina sobre todo dentro de los debates de la izquierda revolucionaria. Aquí asoma la punta de un tema que me parece fundamental: una cosa son los códigos heroicos, las declaraciones en vísperas de la muerte y los elogios fúnebres, y otra las conciencias y las prácticas reales, que rara vez son blanca y negras, y casi siempre se ubican en algún punto de las gamas del gris. En las últimas líneas de una ponencia dedicada a examinar, ciertamente con distancia crítica, la cuestión del heroísmo, Ana nos recuerda este último punto, que me parece tan esencial para la reconstrucción historiográfica como para el debate ciudadano.